

El semillero del Evangelio (Parte 2)

Pastor J.C. Philpot

241:4,5

419:2

La Ley -431:4

Mateo 13:1-23

325:1-3

382:1, 2,5

357:3,4

Doxología

Querida congregación,

Esta mañana nos gustaría continuar con el sermón basado en la parábola del sembrador. El texto lo pueden encontrar en Lucas 8:15.

‘Mas la que cayó en buena tierra, estos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y llevan fruto con paciencia’.

El sembrador es el pastor de la verdad, la semilla es la Palabra de Dios que él predica, los suelos son los diferentes oyentes, y la cosecha representa el fruto y los efectos que se producen en ellos.

Debemos recordar que esta parábola solo es aplicable a una congregación que tiene un verdadero siervo de Dios y en la que se predique la Palabra de Dios con pureza.

La semana pasada, analizamos cuatro tipos diferentes de oyentes:

En primer lugar, *los oyentes junto al camino*, que van y vienen a la iglesia, y en cuyos corazones no queda impresión alguna.

En segundo lugar, los oyentes en pedregales, que escuchan la Palabra de Dios con alegría y gozo, pero en tiempos de tentación se apartan.

En tercer lugar, los oyentes entre los espinos, que parecen tener algún sentimiento, algo de vida, alguna convicción y algo de la obra de la gracia en su corazón, pero en realidad no hay nada.

En cuarto lugar, escuchamos acerca del oyente fructífero, que recibe la Palabra y tiene varias características distintivas que los demás no tienen. Ha recibido un '*corazón recto*' gracias a la luz espiritual y a la vida espiritual que iluminan su alma.

Continuemos ahora describiendo la siguiente característica de este oyente fructífero.

2. La siguiente característica es un '*corazón bueno*'. Quizás digas, "¿Un corazón bueno? ¿Cómo puede ser eso? ¿Acaso hay algún hombre que tenga un corazón bueno?" Sí; pues si no fuera así, ¿por qué dice el Señor Jesús que Él tiene un corazón bueno? Él no cometía errores. Sin embargo, por naturaleza, ningún hombre tiene un corazón bueno. El Señor mismo ha dejado claro ese punto. Cuando alguien se le acercó en Mateo 19 y le dijo, "*Maestro bueno*", ¿cuál fue Su respuesta? Él respondió, "*¿Por qué me llamas bueno? (aunque Él era bueno) nadie es bueno, sino Uno, Dios*". El corazón de ningún hombre es bueno, a menos que sea hecho bueno por la gracia de Dios que obra en él para querer y para hacer. '*Y os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y guardéis mis decretos y los pongáis por obra*'. (Ezequiel 36:26-27). Si la gracia de Dios no ha obrado de esta manera en ti, entonces no tienes un corazón bueno.

¿Qué es, entonces, un corazón bueno? Puesto que existe tal cosa, veamos qué es. En esta parábola, según la figura que se utiliza, el corazón se compara con la tierra.

A. Un corazón bueno es un corazón que está labrado, de la misma manera que la tierra buena está labrada. Ya hemos visto qué fallaba en las otras tierras. Una era dura y la semilla no penetraba en ella en absoluto. La segunda tenía un tipo de tierra, pero estaba toda mezclada con piedras. Era tan poco profunda que el Señor dijo que no había profundidad de tierra. Prácticamente todo era roca. El tercero no tenía casi nada más que cardos, espinos y zarzas creciendo en él. En todos estos faltaban las características de un buen suelo. Por lo tanto, ningún corazón puede llamarse bueno hasta que esté labrado. Porque es un *‘corazón contrito y humillado’* en el que Dios se deleita. Salmo 51:17 – *‘Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás Tú, oh Dios.’*

Ahora, comparemos por un momento un corazón bueno, o un corazón quebrantado, con el gozo con el que, según dice el Señor, los oyentes en pedregales reciben la Palabra. Los oyentes en pedregales no tenían profundidad. No estaban quebrantados por convicciones. No tenían conciencia, ni percepción, de su estado de perdición y ruina ante Dios. No poseían ningún temor santo de Dios y no había temblor ante Su Palabra. Isaías 66:2 – *‘Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová; mas a aquel miraré: al que es pobre y humilde de espíritu y que tiembla a Mi Palabra.’* Los oyentes en pedregales no tienen miedo de equivocarse, y, no tienen deseo de estar en lo correcto. Sin embargo, con todo esto, recibieron la Palabra con gozo. Ahora bien, si a un hombre le falta un corazón quebrantado, le falta la principal evidencia de ser partícipe de la gracia, porque la guía, las enseñanzas y el trato de Dios gravitan todos hacia esto. Todos se mueven en una dirección para quebrantar el corazón del hombre. Si el Señor obra en una verdadera convicción, eso le quebranta el corazón. Rompe el suelo duro e impenetrable que antes poseía. Si el Señor manifiesta Su misericordia, bondad, amor y tierno favor, eso le quebranta el corazón. Lo suaviza, lo derrite y lo humilla. Esa es, pues, una señal de un corazón bueno: estar quebrantado y contrito.

B. Otra característica de un corazón bueno es que se vuelve tierno y suave. Así es por naturaleza con la tierra. Mira los terrones duros de tierra: allí no crece nada. Sin embargo, un suelo que se desmorona y se desintegra, y que es sensible a la impresión, ese es un buen suelo. Cuando cae la lluvia y el suelo se disuelve bajo

ella. Cuando el rocío se asienta y penetra en los poros más secretos del suelo. Cuando el viento sopla suavemente y desmorona el suelo, ese es un buen suelo. Así ocurre con un corazón bueno que Dios ha hecho tierno y suave. Cuando el Señor habla, hay una suavidad y una ternura que se siente en el alma, una impresión que se produce, como en aquel grupo de hombres cuyos corazones había tocado el Señor en 1 Samuel 10:26. Esta es una característica muy distintiva del hijo de Dios. En 2 Reyes 22:19 leemos que el Señor dice de Josías, *“Por cuanto tu corazón se enterneció y te humillaste”*.

Nunca se encuentra este corazón tierno en un moderno cristiano o antinomista. No tienen ternura, ni derretimiento, ni confesión, ni contrición de corazón ante Dios. No muestran ninguna suavidad, ninguna susceptibilidad a las impresiones, ni caen bajo el poder de la vital santidad tal como se manifiesta en un hijo de Dios. No tienen quebrantamiento del corazón duro. No hay autodesprecio, auto aborrecimiento o tristeza piadosa. Nunca ves estas marcas en el oyente en pedregales, en el oyente entre los espinos, ni en el oyente junto al camino. Son orgullosos, obstinados y de corazón duro. No hay en ellos un verdadero quebrantamiento del alma y del espíritu ante Dios.

Ahora, fíjense en esto. Quizás algunos de ustedes esta mañana se han estado examinando a sí mismos mientras escuchan este sermón. Uno teme que, después de todo, no sea más que un oyente junto al camino. Otra persona podría decir, “Temo que, después de toda la profesión de fe que he hecho, no sea más que un oyente en pedregales”. Un tercero podría exclamar, “Tengo tantas preocupaciones y ansiedades, y estoy tan atrapado por los espinos, que temo no ser más que un oyente entre los espinos”. Miren un poco más lejos. Recuerden que los hijos de Dios tienen todas las tentaciones que tienen los demás. Si los oyentes en pedregales tienen malas marcas, tú tienes algunas de las mismas. Si los oyentes entre los espinos tienen trampas y tentaciones, tú tienes trampas y tentaciones similares. Entonces, cuando se les deja juzgar con la razón carnal, a menudo pueden temer que no tengan gracia en su corazón. Entonces, cuando te dejan juzgarte a ti mismo con la razón carnal, es posible que a menudo temas no tener gracia en tu corazón.

Sin embargo, veamos si no podemos encontrar algo más. Si hay alguna honestidad, sinceridad y rectitud ante Dios. Si hay algún quebrantamiento de corazón, algún sentimiento tierno, suave y conmovedor, alguna humildad, contrición, dolor piadoso, autodesprecio y auto aborrecimiento, que Dios aquí parece haber señalado como el rasgo de un corazón bueno. En este corazón honesto y bueno se recibe la Palabra de la Verdad. Allí se aloja. Este es el semillero del evangelio. Allí la Palabra de la Verdad echa raíces, allí brota y produce *‘primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga’* (Marcos 4:28).

3. Lo siguiente que se dice de estos oyentes fructíferos es que, tras haber escuchado el mensaje del Evangelio, lo *‘retienen’*. Los demás no lo retienen. En el primer caso, vinieron las aves del cielo, se lo comieron y no quedó nada. En el segundo caso, brotó y se marchitó. No se conservó, sino que se secó como la hierba sobre los techos. En el tercer caso, fue asfixiada, sofocada y ahogada. Sin embargo, aquellos que recibieron la Palabra de Verdad en un corazón honesto y bueno, la retienen. No por ningún esfuerzo propio, ni porque fueran más capaces de retener más que los demás. No, sino que el Señor misericordioso, Quien en primer lugar se complació en preparar sus corazones para recibir la Palabra y luego la sembró en la tierra, Él mismo la guarda allí con Su propia mano bendita. Como leemos en Isaías 27:3 – *‘Yo, Jehová, la guardo, a cada momento la regaré’*. A menos que el Señor mantenga viva la semilla de la verdad que Él mismo ha implantado en el alma, no se conserva en absoluto. Sin embargo, Él la mantiene regándola a cada momento, mediante el rocío y la lluvia de Su Espíritu, mediante la aplicación de Su Palabra con poder y medio de toda la obra de la gracia en el corazón.

Para el pueblo de Dios, hay tantas tentaciones en su camino. A veces, el pecado obra con tal fuerza que parece que va a sofocar y sepultar la fruta. A veces la tentación los envuelve y parece sacarles todo el rocío del corazón. A veces, la desesperación casi se apodera de ellos, y parece como si fuera a destruir y sepultar toda la Palabra de vida en el alma. Ellos lloran como Pablo en Romanos 7:24 – *‘¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?’* Sin embargo, en medio de todas sus pruebas y tentaciones, de todas sus dudas y temores, de todos sus cuestionamientos y preocupaciones, el Señor lo mantiene

vivo, mediante el riego y el rocío de Su gracia. Lo mantiene vivo con las diversas enseñanzas y guías de Su Espíritu, aquello que Él, en Su misericordia y amor, implantó por primera vez en sus almas.

4. ¿Se encuentra en ti el siguiente marco? ¿Hay *fruto*? Quiero que compares estas marcas con lo que está sucediendo en tu alma. Quiero que compares tus experiencias lado a lado con ellas. Esto demostrará si eres un oyente fructífero. En el oyente junto al camino, esto no tendrá ningún efecto porque solo llegará al oído externo. Si eres un oyente en pedregales, entonces este examen no te gustará. Necesitas algo que estimule tus *afectos naturales*. Un oyente en pedregales quiere que se le predique un Jesús de cinco letras y que las doctrinas de la salvación se declaren solo de manera superficial. Solo quieren oír hablar de una gran seguridad. No quieren tener nada con todas las dudas, los temores y las luchas del pueblo de Dios. Estas cosas les resultan extrañas porque nunca las han experimentado. Oyente en pedregales, necesitas que tu *mente carnal* se eleve con el gozo de la carne y que se actúe sobre tus *sentimientos naturales*. No vas a examinar tu corazón, ni a comparar con la descripción de un corazón honesto y bueno. No te atreves a hacerlo, porque temes que te descubran. Juan 3:20 – *‘Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean redargüidas.’*

Los oyentes entre los espinos también temen eso. Incluso en este momento están pensando en las actividades de mañana o en los eventos de ayer. Mientras están sentados en la iglesia y escuchan este sermón, brota toda una cosecha de espinos y cardos para sofocar cualquier convicción. No van a compartir sus experiencias, no las pondrán ante Dios y no dirán, “Estas son las cosas que mi alma conoce”.

Sin embargo, es diferente con el oyente fructífero, cuyo corazón ha sido recto por la gracia de Dios y en quien se ha forjado esta bondad, esta simplicidad, humildad, ternura y temor a la Palabra de Dios. En cuyo corazón hay este deseo de ser recto y este temor a equivocarse. Ellos oran como David, - *‘Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno’*. (Sal 139:23-24). En cuyo corazón hay

estos suspiros y clamores dirigidos a un Dios que escudriña los corazones y en cuyo corazón hay una mirada hacia el Señor. Esta persona regenerada se examinará a sí misma punto por punto, y dirá, “He sentido esto y he sentido aquello. He experimentado estas cosas, y sé que eso es verdad. ¡No importa lo que los hombres digan en mi contra, ni lo que yo diga contra mí mismo, estoy seguro de que he sentido esto!”.

Es posible que algunos de ustedes estén considerando su experiencia de esta manera y digan, “Dios sabe que esto ha estado sucediendo en mi alma desde hace años. Sé que tengo honestidad y sinceridad ante Dios, aunque no tengo nada más”. Esto es analizar las experiencias y compararlas con la Palabra de Dios y con la experiencia del pueblo de Dios. De esta manera, el hijo de Dios descubre, para su maravilla y sorpresa, que, en medio de las pruebas, las tentaciones, las perplejidades y las tribulaciones, la obra de la gracia se ha mantenido viva en su alma. Esa persona se erige como un monumento a la misericordia preservadora de Dios.

Entonces, un hombre así *‘lleva fruto’*. No hubo fruto en el oyente junto al camino. No hubo fruto hasta la perfección en el oyente en pedregales. Podría haber fruto en apariencia, pero no hay fruto hasta la perfección. Sin embargo, el oyente que ha recibido la Palabra en un corazón recto y bueno *‘lleva fruto’*. ¿Qué fruto? Tres tipos de fruto. Es decir, fruto en el corazón, fruto en los labios y fruto en la vida.

Antes de continuar, vamos a cantar Salterio 382:1, 2,5.

Veamos cuáles son estos frutos que el verdadero hijo de Dios produce ***en el corazón***; o, mejor dicho, que el Señor produce en él.

1. En primer lugar, está el fruto de la fe. El oyente fructífero es el único hombre que realmente cree en Jesús con una verdadera fe salvadora. Quien cree que el Evangelio es la alegre noticia para los pecadores que se pierden. Quien cree *en* y *acepta* las doctrinas de la gracia como algo dulce y adecuado para su alma. Este es el único hombre que cree de verdad en la Persona del Señor Jesucristo, en Su

sangre, en Su gloriosa justicia y en Su amor sacrificial, como algo dulce y adecuado. ¿Por qué lo cree? Porque se le ha revelado, en cierta medida, a su alma.

Es posible que otro lo haya escuchado y lo haya recibido con gozo; sin embargo, no ha habido ningún descubrimiento ni manifestación especial del Evangelio en su corazón con poder divino. Puede que su cabeza esté llena de doctrinas, pero no hay fe en su corazón. No hay un verdadero venir a, confiar en, o, aferrarse al Señor Jesucristo. Es posible que haya una abundancia de falsa confianza y presunción, pero no hay una verdadera mirada hacia el Señor Jesucristo desde lo más profundo de un corazón quebrantado. No hay invocación verdadera de Su Nombre. No hay verlo con los ojos de la fe. Tampoco hay entrega total de toda el alma a Aquel, Quien puede salvar hasta el extremo. Hebreos 7:25 – *‘Por lo cual puede también salvar eternamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos’*.

2. El oyente fructífero llevará el fruto de la esperanza en su corazón. O, mejor dicho, Dios lo hará llevar en él. La luz que brilla en su alma aclara sus evidencias, trae dulces manifestaciones del amor de Dios a su corazón, aplica Sus preciosas promesas y derrama Su favor. Todas estas cosas, sentidas experimentalmente en su interior, le dan la esperanza del evangelio. Hebreos 6:19 – *‘La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo’*. Otros no tienen esta esperanza. Su esperanza es la esperanza del hipócrita que perecerá. Una esperanza como la telaraña, tejida a partir de sus propios afectos carnales y vanas esperanzas. No es una buena esperanza por gracia, anclada en la sangre, el amor y la obediencia de Jesús.

3. El oyente fructífero produce el fruto del amor. Hay momentos y épocas en los que puede decir como Pedro, según Juan 21:17 – *‘Señor, Tú sabes todas las cosas; Tú sabes que Te amo’*. Ama al Señor Jesucristo. Ama la verdad tal como es en Jesús. Ama al pueblo de Dios. Él ama la obra de la gracia allá donde la ve manifestarse y siente una dulce unión con los probados y tentados seguidores del Señor Jesús.

4. El hijo de Dios también produce verdadera humildad. Conoce su propia naturaleza gracias a la enseñanza divina, y sabe lo que habita en el corazón del hombre, por lo que se aborrece a sí mismo. Su corazón se humilla por, y, ante Dios.

5. El oyente fructífero produce, o más bien el Señor produce en él, el fruto del arrepentimiento. Por la luz divina, ve lo que es como pecador y se arrepiente de verdad. Produce el fruto de la tristeza piadosa porque ve lo que sus pecados le han costado al Señor Jesucristo, y esto lo lleva a lamentarse por sus pecados con un arrepentimiento del que no se arrepentirá.

6. También produce una mentalidad espiritual. En lugar de una aceptación carnal de meras doctrinas, sus afectos se fijan en el Señor Jesús con sinceridad y sencillez de corazón. Esto produce esa mentalidad espiritual que es vida y paz, y deleite en las cosas celestiales.

El oyente fructífero no solo produce estas cosas en su corazón, o, mejor dicho, Dios las produce en él; sino que las produce en ***sus labios***. Mateo 12:34 - *‘Porque de la abundancia del corazón habla la boca’*. Cuando habla de las cosas de Dios, habla de ellas con verdadero sentimiento, con verdadero amor en su alma y con verdadera gracia en su corazón. Su corazón instruye a su boca. Si es pastor, hablará con poder. No predicará la verdad de forma dura, presuntuosa e insensible. Pero, al tener vida y sentimiento en su alma, y una experiencia interior de las cosas de Dios, lo que diga se expresará con unción, frescura, sabor y poder. Llegará al corazón, ablandará el espíritu y despertará vida y sentimiento en los oyentes.

Si no es pastor, sino un cristiano común, también producirá fruto con sus labios. Sus palabras estarán sazonadas con sal. Habrá vida y poder en su conversación cuando se reúna con el pueblo de Dios. Los corazones de los demás se unirán y, por así decirlo, se fundirán con el suyo, encontrando una dulce unión y una comunión mutua. *‘Porque mejor es Tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán. Así te bendeciré en mi vida; en Tu nombre alzaré mis manos. Como de meollo y de grosura será saciada mi alma, y con labios de júbilo te alabará mi boca, cuando me acuerde de Ti en mi lecho, cuando en las vigiliass de la noche medite en Ti’*. (Salmo 63:3-6).

Por último, produce fruto en **su vida**. No es un borracho, ni un adúltero. Cuando está oculto y cubierto por la oscuridad, sabe que, aunque ningún ojo humano lo vea, Dios lo ve. No será esclavo del pecado, pues Dios lo liberará. El pecado no tendrá dominio sobre él. Es posible que, ocasionalmente, se vea envuelto en deseos secretos que surgen en su interior, pero suplicará a Dios que los domine y lo libere de toda trampa. Suspirará y clamará para ser liberado del pecado en todas sus formas y manifestaciones. No será un hombre codicioso, orgulloso, mundano, ni opresor. Si es jefe, no oprimirá a sus empleados. Si es empleado, será sincero y recto con su jefe. En casa, no será un esposo cruel y desagradable. Ante sus amigos, su esposa y sus hijos, se comportará de la misma manera. Es cristiano tanto en casa, como fuera de ella. Así, producirá fruto en su vida, así como en sus palabras y en su corazón.

Si no hay fruto en tu vida, puedes estar seguro de que no hay fruto en tu corazón. Si no hay fruto en tu corazón, entonces no hay fruto en tu vida. Muy pocos que profesan la religión serán capaces de pasar el examen. Son muy pocos aquellos cuyas vidas y conversaciones pueden ver la luz del día. Son muy pocos los que no son esclavos, en mayor o menor medida, de algún tipo de pecado como la borrachera, el orgullo, la impureza, la codicia, la mentalidad mundana, las trampas en los negocios o cualquier otra práctica engañosa. Los hijos de Dios ciertamente serán tentados, envueltos y atacados, sí, atacados con ferocidad por el pecado en los sentimientos de su alma. Sin embargo, Aquel que ha hecho que sus corazones sean rectos en su interior, también hará que sus vidas sean rectas en el exterior. Dios, que ha implantado Su preciosa gracia en su alma, hace que la Palabra eche raíces en el corazón y les hace producir fruto: uno a cien (estos son, en verdad, raros), otros a sesenta y otros a treinta.

Sin embargo, si ellos no producen ningún fruto, si no hay fruto en sus corazones, en sus labios ni en sus vidas, ¿dónde los colocaremos? Si el predicador es un verdadero siervo de Dios, entonces será como la boca de Dios. Esta mañana podría haberos divertido, entretenido o engañado al decir que, si creen en las doctrinas de la gracia, son verdaderos cristianos. Sin embargo, no me atrevo a decir eso. Entonces no estaría hablando en el Nombre de Dios, ni estaría desempeñando la labor de un

ministro con rectitud. Si lo hiciera, espero que mi conciencia no me permitiera halagarte y engañarte de esta manera.

Entonces, ¿dónde están los frutos? Profesamos ser cristianos y profesamos ser hijos de Dios; pero, ¿dónde están los frutos? ¿Dónde están los frutos en nuestro interior? ¿Dónde están los frutos en el exterior? Si no tenemos frutos en nuestro interior y no hay frutos en el exterior, entonces podemos llamarnos como queramos, pero no seremos lo que el Señor llama a Sus hijos fructíferos en Isaías 61:3 – *‘árboles de justicia, plantío de Jehová’*.

Mira dentro de tu corazón. Compara tus experiencias con lo que está expuesto de manera clara y sencilla en la Palabra de Dios. Si, por la gracia de Dios, puedes encontrar en tu alma estas características de las que he hablado en este sermón, entonces esta palabra es un aliento para ti, que desees temer a Dios. Quizás te lamente de producir tan poco fruto para el honor y la gloria de Dios, pero Él puede hacer que produzcas más fruto. Él puede profundizar la obra en Su propio tiempo, y puede formarte y manifestarte como ramas fructíferas en la única Vid verdadera, el Señor Jesucristo.

‘El que tiene oídos para oír, oiga’. (Mateo 11:15).

Amén.